

PEDRO LEMEBEL

A modo de preludeo

Podría escribir clarito, podría escribir sin tanto recoveco, sin tanto remolino inútil. Podría escribir casi telegráfico para la globa y para la homologación simétrica de las lenguas arrodilladas al inglés. Nunca escribiré en inglés, con suerte digo *go home*. Podría escribir novelas y novelones de historias precisas de silencios simbólicos. Podría escribir en el silencio del tao con esa fastuosidad de la letra precisa y guardarme los adjetivos bajo la lengua proscrita. Podría escribir sin lengua, como un conductor de CNN, sin acento y sin sal. Pero tengo la lengua salada y las vocales me cantan en vez de educar. Podría escribir para educar, para entregar conocimiento, para que la babel de mi lengua aprenda a sentarse sin decir palabra. Podría escribir con las piernas juntas, con las nalgas apretadas, con un pujo sufi y una economía oriental del idioma. Podría mejorar el idioma metiéndome en la raja dura mis metáforas inmundas, mis deseos malolientes y mi desbaratada cabeza de mariluz o marisombra, sin sombrilla o con el paraguas al revés, a todo sol para que la globa me haga mundial, exportable, traducible hasta el arameo que me canta como un florido peo. Podría guardarme la ira y la rabia emplumada de mis imágenes, la violencia devuelta a la violencia y dormir tranquilo con mi novelería cursi. Pero no me llamo así, me inventé un nombre con arrastre de tango maricueca, bolero rockerazo o vedette traves-tonga. Podría ser el cronista del *high life* y arrepentirme de mis temas gruesos y escabrosos. Dejar a la chusma en la chusma y hacer

arqueología en el idioma hispanoparlante. Pero no vine a eso. Y ahora, todo está lleno de cronistas con una flor estilográfica en el ojal mezquino de la solapa. No vine a cantar *lady and gentleman*, pero igual me canta «señora mía». No sé a lo que vine a este concierto, pero llegué. Y me salió la letra como un estilete. Más bien sin letra, como una prolongación de mi mano el gruñido la llora. Parecen gemidos de hembra cobarde, dijeron por ahí los escritores del culebrón derechista. Llegué a la escritura sin quererlo, iba para otro lado, quería ser cantora, trapequista o una india pájara trinándole al crepúsculo (todo rima). Pero la lengua se me enroscó de impotencia y en vez de claridad o emoción letrada produjo una jungla de ruidos. No fui musiquera, ni le canté al oído de la trascendencia para que me recordara a la diestra del paraíso neoliberal. Mi padre se preguntaba por qué a mí me pagaban por escribir y a él nadie le remuneró ese esfuerzo. Aprendí a la fuerza, aprendí de grande, como dice Paquita La del Barrio, la letra no me fue fácil. Yo quería cantar y me daban palos ortográficos. Aprendí a arañazos, la onomatopeya,

la diéresis, la melopea y la tetona ortografía. Pero olvidé todo enseguida, me hacía mal tanta regla, tanto crucigrama del pensar escrito. Aprendía, por hambre, por necesidad, por laburo, de cafiola, pero comenzaba a estar triste. Pude haber escrito como la gente y tener una letra preciosa, clarita, clarita, como el agua que corre en los ríos del sur. Pero la urbe me hizo mal, la calle me maltrató, y el sexo con hache me escupió el esfínter. Digo podría, pero sé bien que no pude, me faltó rigurosidad y me ganó la farra, el embrujo sórdido del amor mentido. Y creí como una tonta, como una perra lacia me dejé embaucar por alegorías barrocas y palabreríos que sonaban tan relindos. Pudiste ser otra cosa, me dijeron los maestros con su baba salada mojándoles sus pelos de profetas. A pesar de todo, aprendí, sobre mí caía la tristeza literaria como un manto culto. No fui cantor, les repito, pero la música fue el único *technicolor* de mi biografía descompuesta. Aquí va este pentagrama donde la historia tambaleó su trágico ritmo. Les guste o no, pulso aquí el *play* de este cacionero memorial. **©**